

La negritud en testimonios de desplazamiento forzado en Colombia

Diana Rodríguez Quevedo / University of Evansville

Resumen

El género testimonio ha sido muy importante en rescatar relatos de quienes han sobrevivido el desplazamiento interno forzado en Colombia. No obstante, el término “desplazado” homogeneiza a quienes conforman esta categoría sin hacer distinciones identitarias de edad, género, raza ni etnicidad. Este artículo analiza principalmente la ausencia explícita del tema de raza en las tres obras siguientes: *Desterrados: crónicas del desarraigo* (2001) de Alfredo Molano, *Desterrados: las cicatrices de la guerra en Colombia* (2001) de Marisol Gómez Giraldo y *Desplazados del futuro* (2003) de Óscar Collazos. Este estudio destaca indicios geográficos, fotográficos y socio-culturales como marcadores de raza y etnicidad en estas colecciones de testimonios.

Palabras clave: Testimonio, desplazamiento interno forzado, negritud, etnicidad, identidad

Abstract

The testimonio genre has been very important in rescuing the accounts of forced internal displacement survivors in Colombia. Nonetheless, the term “displaced” homogenizes those who comprise this category without differentiating identity traits such as age, gender, race, or ethnicity. This article primarily analyzes the lack of the explicit topic of race in the three following works: *Desterrados: crónicas del desarraigo* (2001) by Alfredo Molano, *Desterrados: las cicatrices de la guerra en Colombia* (2001) by Marisol Gómez Giraldo and *Desplazados del futuro* (2003) by Óscar Collazos. This study emphasizes geographic, photographic, and social-cultural markers of race and ethnicity in these testimonio collections.

Keywords: Testimonio, forced internal displacement, blackness, ethnicity, identity

Colombia es el país con el segundo mayor número de desplazados internos en el mundo con una cifra aproximada de seis millones de personas¹. El desplazamiento interno forzado se debe a diferentes factores que incluyen el conflicto interno armado, protagonizado por el Ejército oficial y por grupos guerrilleros y paramilitares. El control del territorio para fines de narcotráfico y de procesos de desarrollo y explotación de territorios y sus recursos naturales con fines lucrativos por empresas nacionales y transnacionales motivan el desplazamiento de comunidades enteras en varias regiones del país. “Codhes, la ONG más importante en este campo, ha acuñado una frase: ‘el desplazamiento no es un efecto de la guerra, sino una estrategia de guerra’” (Sierra 418). Los más afectados por la violencia y los estragos del desarraigo han sido las poblaciones campesinas, indígenas y afrodescendientes. Personajes desplazados empiezan a ser los protagonistas en obras literarias. En los años noventa comenzaron a publicarse numerosos testimonios y crónicas de individuos y comunidades víctimas del exilio interno².

La mayoría de estos textos ofrecen relatos específicos que representan a una población bastante generalizada, es decir, que narran detalles de hombres, mujeres, jóvenes y mayores antes, durante y después de verse desplazados. No obstante, los protagonistas quedan remitidos a la clasificación homogénea de “desplazados” sin que se profundice en detalles de raza u etnicidad. Arguyo que la ausencia explícita del tema de raza en testimonios de desplazamiento interno forzado ocurre porque la cuestión racial está codificada en la problemática social a un nivel que no pareciera ser necesario denotarla para el público lector colombiano³. El contexto en los testimonios tiene implícito varios elementos referentes a la negritud, pero sólo en muy pocas ocasiones se menciona expresamente la raza negra⁴.

El enfoque de mi análisis es la representación de la población afrocolombiana en tres colecciones de testimonios. Destaco específicamente los marcadores de raza presentes en tres tipos de indicios: geográficos, fotográficos y socio-culturales. Las obras que estudio son las siguientes: *Desterrados: crónicas del desarraigo*, del sociólogo, periodista y escritor colombiano Alfredo Molano; *Desterrados: las cicatrices de la guerra en Colombia*, de la escritora y editora del periódico *El Tiempo* Marisol Gómez Giraldo; y *Desplazados del futuro*, del escritor, periodista y ensayista colombiano Óscar Collazos.

En la década de los ochenta se reconoció la falta de atención a estudios sobre grupos negros en las ciencias sociales en Colombia a lo cual se refería con el término “invisibilidad académica” (Friedemann en Restrepo 341). Dicha invisibilidad ha ido disolviéndose en las últimas dos décadas, pero aun quedan lagunas por esclarecer y explorar. Por un lado, el género testimonio como instrumento de “política de coalición” ha funcionado para dar voz a grupos marginados y a sus causas, y ha sido una herramienta útil para dar a conocer las vivencias y consecuencias del desarraigo⁵. Por otro lado, la gran mayoría de los testimonios sobre este tema se centra en exponer y denunciar el trauma de la pérdida material y emocional y el de las violaciones de los derechos humanos a poblaciones rurales sin discriminar explícitamente el aspecto étnico desde contextos sociales, políticos, culturales ni económicos⁶.

Los testimonios son valiosos porque van más allá de estadísticas esclareciendo que los denominados “desplazados” no son una masa anónima de gente. Los detalles arrojan una historia genérica mencionando particularidades de género, edad, lugar al igual que algunas prácticas y costumbres étnicas. No obstante, estas obras interpretan directa e indirectamente a la población desplazada como campesina sin destacar específicamente entre campesinos mestizos, campesinos indígenas ni de comunidades negras⁷.

El indígena ha jugado un rol sobresaliente en la historia latinoamericana. Peter Wade establece que en Latinoamérica “[l]os pueblos indígenas han sido considerados como el clásico Otro” y que “los negros y los indígenas han tenido históricamente —y siguen teniendo en gran parte— una posición muy diferente en las ‘estructuras de alteridad’” (Wade 2005 27)⁸. Sin embargo, en los testimonios no se destacan personajes indígenas ni tampoco ocurre una indigenización del negro. El habitante de las zonas rurales, es decir el campesino se convierte en el representante de desplazamiento forzado. Por lo tanto, el factor de raza no tiene un papel definido en la visión de “otro” porque se ve mezclado con el mestizo y el indígena que históricamente han ocupado lugares más altos en la jerarquía étnica. El antropólogo Jaime Arocha Rodríguez afirma que “el sistema de castas socioraciales que rigió a lo largo de la colonia española: su nomenclatura racial podrá haber desaparecido, pero no las conductas discriminatorias asociadas con ella” (40). La identidad negra no manifiesta relevancia en esta dinámica de la lucha por el territorio. Dentro del contexto del conflicto armado y de la evacuación de territorios, el campesino es el “otro” y el indígena y el afrodescendiente entran a formar parte de una comunidad campesina más amplia, pero en el proceso de fusión se les despoja de rasgos identitarios etno-culturales y se pierde valoración de diferencias en la lucha por la supervivencia. Además, vale la pena destacar que las categorías indígena y afrodescendiente a su vez son diversas y comprenden una gran variedad de grupos étnicos con sus propias prácticas y modos de vida y de producción que se ven afectados de maneras particulares

en los procesos de exilio forzado⁹. Fuera de la mención de algunas prácticas culturales, dichos factores están ausentes en estas obras de testimonio. Pero para el propósito de este estudio me baso solamente en la representación de los grupos afrocolombianos en los contextos de los testimonios.

En estos textos, los factores marginadores de las poblaciones campesinas se agrupan en una sola colectividad donde el lector debe prestar cuidadosa atención para rescatar atributos de identidad racial que singularizan las percepciones del proceso de desplazamiento forzado según cosmovisión raciales particulares. Los hechos de desarraigo se convierten en el denominador común que conecta los relatos y las pistas étnico-raciales quedan contextualizadas en aspectos toponímicos, visuales y socio-culturales.

Antes de continuar, es importante contextualizar la atención que han recibido los estudios de colectividades afrocolombianas desde el espacio académico para lograr una mejor comprensión de por qué textos como los testimonios de desarraigo carecen un enfoque más directo al contenido étnico-racial. La invisibilidad y la falta de atención a grupos negros era tanto en el ámbito académico como político, y fue justo en 1982 cuando, según establece Hattam Nasof, “surge el movimiento organizativo afrocolombiano de corte campesino y popular, con reivindicaciones territoriales, ambientales, políticas, económicas, sociales y culturales” (427). Los logros se formalizaron con la Constitución de 1991 que reconoció derechos fundamentales a la población afrocolombiana. Por consiguiente, la Ley 70 de 1993 declaró “la igualdad real de oportunidades, la diversidad étnica y cultural y el artículo transitorio 55 como norma específica para la afrocolombianidad” (427). A mediados de los años noventa el gobierno empezó a entregar títulos de tierra, pero irónicamente esto coincidió con momentos sobresalientes de éxodo de afrodescendientes por asaltos violentos a sus comunidades¹⁰. Por consiguiente, algunos títulos tuvieron que ser entregados “in absentia” (Oslender 758). La atención a momentos clave del proceso de atención y reconocimiento de la población negra permite posicionar e interpretar el trato que los testimonios dan al personaje negro desplazado.

Ninguno de estos textos aborda directamente el tema de las poblaciones afrodescendientes. Está ausente un trasfondo de la situación socio-política en relación a la violencia y a la realidad de desplazamiento interno para las comunidades negras que forman entre ochenta y noventa por ciento de la población del Pacífico, una de las regiones más afectadas por el narcotráfico, el contrabando de armas, el conflicto armado y el desplazamiento forzado. El Litoral Pacífico es imagen de negritud en Colombia. Wade (2005) explica que en esta zona del país “los negros viven en comunidades rurales y ‘tradicionales’ en tierras ‘ancestrales’, en una región delimitada, con claras diferencias culturales, aparentemente aislados del resto de la nación” (28). La concepción es que las comunidades negras habitan tierras rurales, pero en realidad la mayor parte de los afrocolombianos viven en las urbes y “la población negra en esa región se ve superada

por la población negra que vive en Cali, Bogotá y Medellín, incluso sin contar a Cartagena y Barranquilla” (Wade 2005 28). La concepción geográfica de las comunidades negras para el lector colombiano juega un papel importante en la contextualización de los personajes de los testimonios. En cuanto al lector extranjero, las connotaciones de negritud asociadas con la región no son tan obvias, pero el hecho de indicar explícitamente los nombres de los pueblos y de las municipalidades en casi todos los relatos ayuda a una mejor ubicación e interpretación de los hechos.

El elemento geográfico es una indicación clara para el lector de que se trata de un testimonio con un protagonista afrodescendiente. Cada narración de Gómez Giraldo incluye, bajo el título, el nombre del pueblo/municipalidad seguido por una fecha concreta (día, mes y año) de los hechos relatados, por ejemplo “Alma en pena por las bananeras: Carepa, Eje Bananero del Urabá, Febrero 14 de 1996” (20). Mientras tanto los testimonios de Molano mencionan veredas y poblaciones como Nechí, Apartadó y Turbo en Antioquia, Tuluá y Las Bocas del Cajambre en el Valle del Cauca y también mencionan ríos como el Atrato y el Chajeradó. Por último, la obra de Collazos es una combinación y compilación de testimonios, entrevistas y narraciones en primera y tercera persona que tienen lugar en Cartagena, Bolívar. Los protagonistas son todos niños y niñas que han sido desplazados y viven en el barrio Nelson Mandela en la ciudad de Cartagena de Indias. Este barrio forma parte de la “otra Cartagena” que contrasta con la ciudad heroica y turística, es decir, la que “delimita geográfica y socialmente la marginalidad y la exclusión en Cartagena” (Quiceno Toro 143). Se divide en veintiséis sectores y va creciendo con nuevas oleadas de invasiones sobre todo de desplazados (143). La connotación con Sudáfrica y el movimiento de resistencia y lucha contra el Apartheid de este sector de la ciudad tiene una carga étnica, la cual no se desarrolla en la obra de Collazos¹¹. De nuevo, este tipo de información se da por entendido para el público lector colombiano. Casi todos los relatos mencionan el lugar de origen de los niños que incluyen Apartadó, Turbo y Belén de Bajirá todas municipalidades en Antioquia, al norte del Chocó; localidades habitadas mayormente por afrocolombianos.

La geografía y la topografía resaltan aspectos de la cultura costera en la que se destaca la importancia de los ríos para las comunidades afrodescendientes en cuanto a sus prácticas culturales, de sustento y de producción. En estas obras se observa que los ríos como base de alimentación y recreación se convierten en espacios de tensión y conflicto. El río es donde los hombres pescan, las mujeres lavan, los niños juegan, pero también se convierte en el lugar donde los grupos subversivos arrojan los cuerpos de los campesinos asesinados sin permitir que se saquen para cantarles alabados y darles sepultura. Los dos siguientes segmentos de la obra de Molano ejemplifican la importancia del río: “Cada rato íbamos al río, sobre todo por las tardes, a fresquiarse, hasta que mi papá nos prohibió volver porque comenzaron a bajar muertos flotando y no quería que nosotros los viéramos”

(40); “Toñito se crió en la orilla del río Chajeradó. Aprendió a nadar antes que a caminar y se fue haciendo niño mirando a las mujeres en currucas lavar ropa sobre tablas de madera ya que en esa tierra no hay piedras” (72). El río es una gran parte del sustento de la vida del campesino y sobre todo para las poblaciones del Pacífico que viven a los bordes de los ríos. La tierra y el río forman parte de su identidad y supervivencia¹². Una cosa es ser pobre en el espacio rural, pero en la ciudad no hay manera de tranquilizar el hambre.

Fuera de lo geográfico, el elemento visual es otro marcador de raza. Cada capítulo de la obra de Collazos está acompañada de fotografías en blanco y negro de niños y niñas, todos de semblanza afrodescendiente. Aunque hay relatos sobre niños mulatos y blancos o mestizos, las fotos resaltan a niños y niñas negros. Cada testimonio menciona el nombre y apellido de cada niño y algunas veces menciona el nombre de los padres también, pero las fotos no corresponden a los nombres. No es evidente qué nombre pertenece a qué imagen. El lector puede fácilmente presumir que la foto en cada capítulo es la del niño o niña de quien trata el relato, pero el contenido no afirma esto. Algunas fotos son del barrio Nelson Mandela, pero la mayoría es de los niños y es en estilo retrato, aunque unas son de niños jugando o en posiciones más espontáneas. Las fotos forman parte del texto y se entiende que deben leerse con los relatos. De esta manera funcionan como indicador visual de raza y forman la base del contexto físico racial para un lector colombiano o extranjero. Algunas fotos están duplicadas en diferentes tamaños a través del libro y producen un efecto de multiplicidad como ocurre con el texto escrito que en una sección es una entrevista a un niño particular y en otra sección es el testimonio de ese niño y luego hay un relato en tercera persona del mismo niño que a veces repite la misma información. Mi objetivo no es analizar las fotos sino contextualizarlas en referencia al resto del texto y del contenido étnico-racial de las narrativas. Las fotos apoyan puntos multifocales de la historia de cada niño, sin embargo el aspecto racial sobresale en las fotos las cuales recalcan el factor de negritud más allá de la descripción escrita que en ocasiones se reduce a imágenes estereotípicas. A continuación doy tres ejemplos de menciones o descripciones étnico-raciales en la obra de Collazos.

El segundo capítulo titulado “El miedo” trata de Arlinson Córdoba González, un joven de once años, nacido en Apartadó, Antioquia. Intercalado con el testimonio del niño en primera persona hay párrafos narrativos con una perspectiva en tercera persona. En este caso, el narrador describe al joven: “Alto y espigado, a sus once años tiene la fibrosidad muscular de los niños negros. Es uno más entre los nueve mil preadolescentes que callejean a diario por el barrio Nelson Mandela” (35-36). El tercer capítulo relata las vivencias de Xiomara, “una niña de casi trece años, bella y de piel blanca” (49). El séptimo capítulo describe a una niña: “Keyla es alta y hermosa. Una “belleza exótica”. Como la belleza que aún deja huellas visibles en la madre. Ha entrado a la adolescencia consiente de su hermosura mestiza [...] Keyla, mestiza o mulata, es difícil saberlo, aunque

sus gruesos labios dicen que es más mulata que mestiza” (Collazos 96, 110)¹³. La imagen que acompaña el séptimo capítulo es de una niña negra, por lo cual es incongruente con la descripción narrada y produce inquietud con respecto al tema étnico-racial de los protagonistas colectivamente.

La combinación de descripciones con las fotos perturban al lector porque el lenguaje descriptivo de los jóvenes protagonistas es superficial y trivializa las experiencias personales y familiares que relatan los niños. El testimonio de Keyla cuenta que ha sufrido pobreza con vivienda inadecuada, al igual que falta de acceso a la educación y servicios médicos. Además, manifiesta que ha sido víctima de pérdida personal y que ha sido testigo de discriminación, asesinato y violencia entre jóvenes. La valoración de la etnicidad es insustancial y las descripciones no sustentan el contenido de las fotos. La falta de correspondencia entre los textos escritos y los fotográficos provocan un cuestionamiento más a fondo de los jóvenes protagonistas. No basta con decir sus nombres, lugares de precedencia y contar su historia de desplazamiento y de vida en Cartagena. Para hablar del “otro” y representarlo es necesario describirlo, no en términos generales y superficiales.

La opresión que ha existido a través de los años por las diferencias en el color de la piel, en la forma del cabello, en la estética del cuerpo físico son rasgos que deben transformarse en herramientas de resistencia y lucha para oponer la marginalidad y la explotación¹⁴. Wade expone que la cuestión del concepto de etnicidad no es binario, es decir que no se trata de que “la gente negra [sea] un grupo étnico o no lo [sea]” (1993 185). Asimismo, él explica que “el estudio de la etnicidad ha demostrado que la identidad étnica no es una sola cosa, sino que varía en los contextos históricos-culturales y políticos” (1993 185). De acuerdo con lo anterior, arguyo que el lenguaje y el desarrollo de los personajes en los testimonios que analizo aquí no reflejan la complejidad étnica de las poblaciones negras colombianas según lo plantean antropólogos como Wade, Friedemann, Grueso, Rosero, Escobar, Whitten y Torres. Documentos estatales oficiales así como textos literarios en los que se desarrollan y definen individuos/personajes negros contribuyen a corroborar o no la aceptación de una o múltiples etnicidades negras.

El lenguaje es una herramienta que aporta u obstaculiza identificar a la gente negra como grupo o grupos étnico(s). En su libro *Yearning: Race, Gender, and Cultural Politics*, bell hooks explica el término “politics of location” argumentando que el lenguaje es un espacio en el cual se forman prácticas culturales contra-hegemónicas para identificar los lugares iniciales del proceso de “re-vision,” es decir el repaso y el desarrollo de visiones nuevas y alternativas (145). Lo que arguye hooks apoya mi juicio sobre la falta de profundidad en la interpretación de la identificación de los personajes en estos testimonios referente a rasgos y definiciones de negritud, tanto por los detalles que hacen explícitos como por los que excluyen. Cabe añadir que hooks sostiene que

el lenguaje es lugar de lucha (145)¹⁵. Asimismo, el cuerpo es lugar de lucha y el lenguaje que se utiliza para describir y hablar del cuerpo se convierte en lugar de lucha. Las diferencias, las particularidades y el margen son locus de resistencia que no se aprovechan en estos textos, por el contrario se esquivan y resignan a unas cuantas frases de descripción imprecisa.

Los testimonios de Gómez Giraldo y de Molano también se detienen a referencias superficiales gráficas del color de la piel. El contenido socio-cultural compensa la falta de mayor referencia directa étnica-racial hasta cierto punto. Las descripciones físicas de los protagonistas son las siguientes: “El moreno alto y delgado surge como alma en pena, adentro de las plataneras” (Gómez Giraldo 20); “Con la boca pegada al pecho moreno de su madre, Yuber Perea cruzó el puente sobre el río Pavarandó, cuando el domingo alcanzaba el mediodía” (47); “Para ese momento Carmen tenía diecisiete y se había organizado con Jackman, un muchacho que conocía desde niña; era un negrito muy bueno, muy querido, pero no alcanzaron a vivir en matrimonio” (145); “Diego consentía una gata escuálida que apareció una noche, y Aníbal visitaba de tarde en tarde a una negra generosa en carnes y risas que se lo daba a cambio de unas botellas de biche, un aguardiente de sacatín, muy popular en la región” (29). Fuera de contextos culturales y de prácticas de producción, el negro queda reducido a la mención del color de su piel o a alguna generalización de su fisionomía. El color de la piel parece superfluo sin mayor contextualización, entonces las palabras “negro,” “negra” y “moreno” continúan la línea de invisibilización del desplazado afrocolombiano y no lo desprende de la periferia en el ámbito rural ni en el urbano.

Los términos de color de piel pueden ser ofensivos dependiendo del contexto y así lo demuestra un estudio realizado sobre desplazamiento de comunidades afrocolombianas en el que muchas mujeres han “sido víctimas de agresiones motivadas por su color de la piel (el 63,79%) y por su contextura física (el 24,13%) [y] afirman haber recibido expresiones de insultos despectivos relacionadas con la raza, entre las cuales las más comunes fueron ‘chocorramo’, ‘negra hijueputa’ y ‘aquí no aceptamos negras’” (Afrodes, Acnur y Unifem en Rodríguez Garavito 88). En los testimonios no se usa el término “negro” de manera insultante, pero tampoco se va más allá de generalizaciones referentes al color de la piel.

El contenido cultural en los testimonios es el elemento que reivindica la representación de los personajes afrodescendientes. La descripción de las prácticas culturales y de producción expanden el concepto identitario de los negros desplazados. El testimonio de Molano titulado “Ángela” contrasta la vida de una niña antes y después del desplazamiento de su familia del campo a la ciudad. En Nechí, Ángela andaba descalza, iba a la escuela, iba de pesca con su papá, su familia sembraba alimentos, no tenía que cerrar puertas y ventanas, y confiaba en sus vecinos, mientras que en Bogotá, la niña tiene que usar zapatos, no puede salir a la calle y sufre de encierro, no estudia, tiene

que compartir la vivienda con mucha gente y tienen que cerrar las puertas y ventanas por razones de seguridad. Los detalles de la cotidianidad apoyan la construcción de una identidad particular de la comunidad negra y de la relación y dependencia de la tierra y del río para el sustento diario. La identidad afro se construye en relación con la tierra y la mayoría de los testimonios resaltan estos lazos. El territorio es un espacio fundamental en la identidad étnico-racial de las comunidades negras colombianas y de su historia.

El testimonio “El éxodo de los perseguidos” de Gómez Giraldo, expone las dificultades de vivir en un espacio donde la violencia y la falta de servicios y atención social forman parte de la cotidianidad: bombardeo, masacre, robo, hambre, falta de atención médica, bloqueo económico, de transporte y de comunicación. Para campesinos negros que ya sufren de opresión y marginalidad por habitar zonas rurales el convertirse en desplazado agrega un elemento más para la discriminación y la estigmatización. Se juntan los múltiples rasgos que desfavorecen al afrocolombiano desplazado; porque la atención que recibe un campesino mestizo desplazado en la urbe no es la misma que recibe un afrodescendiente. “[L]a negritud está fuertemente asociada a una posición social inferior, y a estereotipos discriminatorios de atraso, vagancia, irresponsabilidad, falta de espíritu emprendedor, y una obsesión por actividades supuestamente ‘triviales’ (la música, el baile, etc.)” (Wade 2005 14). Estos prejuicios sobre los afrodescendientes se juntan a percepciones falsas de los desplazados. Además de eso se

suma la sospecha de que como desplazado sea subversivo, ladrón, criminal porque por algo habrá sido expulsado de su hogar y de su tierra.

En conclusión, los testimonios contrarrestan el efecto de “monotonía del horror” que crean los medios de comunicación al igual que dan rostro, voz y geografía a la tragedia humana del desplazamiento forzado en Colombia (Sierra 418). No obstante, en estas narrativas, persiste el vacío de rostros heterogéneos con rasgos raciales diversos y trasfondos multiétnicos y multiculturales distintivos que produzcan efectos, marquen y conlleven una subjetividad y una agencia que permita trascender las condiciones no sólo de desplazado estigmatizado sino de afrocolombiano invisibilizado. Si bien estos testimonios revelan situaciones de desplazamiento interno forzado de afrocolombianos y teniendo presente que “[m]ás allá de los aspectos físicos e incluso culturales, para los grupos étnicos la lucha por el territorio es la lucha por la autonomía y la autodeterminación,” estos testimonios abren fronteras pero a su vez borran otras al unificar a varios grupos marginados bajo el rótulo de “desplazado” (Gruoso et al 61). La política de coalición del género testimonio no facilita reivindicar a quienes han sido asignado el escalón más bajo en la jerarquía étnica y clasista. Por lo tanto, es necesario reconfigurar la identidad y la posición del “desplazado” dentro de un contexto étnico-racial para distinguir las vivencias y percepciones de los campesinos desplazados mestizos, indígenas y afrodescendientes.

Notas

- 1 Cuando se publicaron los testimonios que analizo en este artículo, Colombia tenía el índice más alto de desplazamiento interno forzado en el mundo. Según la Agencia de la ONU para los Refugiados – Colombia (UNHCR/ACNUR), “[d]esde 1997 al 1 de diciembre de 2013 han sido registradas oficialmente 5.185.406 personas desplazadas internas con un impacto desproporcionado en la población afrocolombiana y las comunidades indígenas” (“Tendencias de desplazamiento”). En la actualidad, Siria cuenta con el mayor número de desplazados internos con 7.600.000 de acuerdo con el informe más reciente del Norwegian Refugee Council (NRC) y el Internal Displacement Monitoring Centre (IDMC) (Bilak et al. 2). Según las estadísticas de 2015 de estas dos organizaciones, Colombia se encuentra en segundo lugar con una cifra de 6.044.200 de desplazados internos (2).
- 2 Según John Beverley, “un testimonio es una narración—usualmente pero no obligatoriamente del tamaño de una novela o novela corta—contada en primera persona gramatical por un narrador que es a la vez el protagonista (o el testigo) de su propio relato. Su unidad narrativa suele ser una ‘vida’ o vivencia particularmente significativa (situación laboral, militancia política, encarcelamiento, etc.). La situación del narrador en el testimonio siempre involucra cierta urgencia o necesidad de comunicación que surge de una experiencia vivencial de represión, pobreza, explotación, marginalización, crimen, lucha” (9).
- 3 Para comprender la perspectiva de las poblaciones negras en Colombia es importante conocer las presiones sociales que se han dado desde la colonización incluyendo las influencias del Estado. En el artículo “Negros en Colombia: identidad e invisibilidad” la antropóloga Nina S. de Friedemann cita al antropólogo Peter Wade explicando que “[e]n la segunda mitad de este siglo [XX] sin embargo, las necesidades de manejo del poder político encaran nuevas realidades: el crecimiento poblacional del país, los movimientos de campesinos indígenas y campesinos negros, la tempestad de la emigración rural hacia las urbes medianas y grandes retornan al mestizaje como plataforma para aproximarse a la diversidad cultural de las comunidades. Lo mestizo se proclama entonces como la mezcla de indio, blanco y negro en términos fenotípicos y culturales y pretende atenuar la inferioridad que se ha endilgado a los no blancos. De esta suerte, lo negro y lo indio quedan como fenómenos del pasado e invisibilizados como categorías étnicas de poblaciones con reclamos y culturas específicas. ‘Aquí nadie es blanco’, ‘todos somos mestizos’ empieza a recitar la voz popular que habla de la identidad en los procesos

- del poder político de distintas tendencias” (27). Asimismo según expone Wade en el artículo “El movimiento negro en Colombia,” “[l]a politización de la población negra no ha tenido bases sólidas. Desde la época colonial “negro” como identidad social no ha sido institucionalizada en la misma forma que la identidad “indio” [...] En la época republicana, algunos países latinoamericanos siguieron reservando un lugar oficial para “los indios”, sobre todo en el marco ideológico del indigenismo. En contraste, las élites raras veces acudieron a la imagen de la gente negra para reclamar una identidad distintiva” (173).
- 4 Norman E. Whitten, Jr. y Arlene Torres explican que muchos bloques étnicos en Colombia se han apoderado de la retórica poderosa de *negritud* para contrarrestar la nacionalista de mestizaje (12). No obstante, el geógrafo Ulrich Oslender enuncia que “en octubre de 1993 [nació] el Proceso de Comunidades Negras, PCN, una red de más de 120 organizaciones con su base en Buenaventura. El PCN basa su trabajo en cinco principios: 1. La reafirmación y el derecho de ser negro [...] 2. El derecho al territorio y a un espacio para ser [...] 3. Autonomía como el derecho al ejercicio de identidad [...] 4. La construcción de una perspectiva autónoma para el futuro [...] 5. Declaración de solidaridad” (79-80; citado en Grueso et al. 53).
 - 5 En el artículo “El movimiento negro en Colombia”, Wade explica que la gente indígena en Colombia corresponde a “la categoría de Otro”, mientras que “a la gente negra se le ve como otros ciudadanos más, aunque vistos por muchos como ciudadanos un poco sub-desarrollados, primitivos o inferiores” (179).
 - 6 Aquí me refiero a colecciones de testimonios impresas y no a testimonios escritos o en formato audio y video disponibles en sitios en la Red de organizaciones gubernamentales y de innumerables ONGs donde sí en ocasiones se resaltan las experiencias de desarraigo desde perspectivas particulares género y raza.
 - 7 Libia Grueso, Carlos Rosero y Arturo Escobar afirman que “[l]a comunidad negra no es homogénea; este hecho se explica por razones históricas, políticas y culturales. Existen por lo menos seis regiones socioculturales en Colombia habitadas por comunidades negras: Caribe, Pacífico, Valle del Magdalena, Valle geográfico del Río Cauca, San Andrés y Providencia, y el Valle del Patía, así como una gran variedad de interpretaciones, orientaciones políticoideológicas, prácticas, experiencias organizativas y concepciones de lucha.” (52). En cuanto a lo político y lo legal: El No. 5 del Artículo 2 de la Ley 70 de 1993, mejor conocida como la Ley de Negritudes, constata que “Comunidad Negra: Es el conjunto de familias de ascendencia afrocolombiana que posee una cultura propia, comparten una historia y tienen sus propias tradiciones y costumbres dentro de la relación campo-poblado, que revelan y conservan conciencia de identidad que las distinguen de otros grupos étnicos.” (El Congreso de Colombia).
 - 8 Según explica Wade (1995), la dirección de los inicios de la organización negra en Colombia estuvo por parte de intelectuales de las urbes y de estudiantes universitarios. La emergencia de organizaciones tuvo lugar en los años setenta a través de dos movimientos: uno dirigido por Amir Smith-Córdoba y El Centro de Investigaciones para el Desarrollo de la Cultura Negra y la segunda organización llamada Cimarrón que tenía una estructura más descentralizada. Estas organizaciones excluían a la mayoría pobre y analfabeta del litoral Pacífico del país (342-349).
 - 9 En 1991 se convocó la Asamblea Constituyente de Colombia para promulgar una nueva constitución política que reemplazaría la Constitución de 1886, y si bien el Congreso de Colombia estableció en el Artículo 7 de la Constitución Política de Colombia 1991 que “[e]l Estado reconoce y protege la diversidad étnica y cultural de la Nación colombiana,” Kiran Asher explica, en su libro *Black and Green: Afro-Colombian, Development, and Nature in the Pacific Lowlands*, que algunos miembros de la Asamblea Constituyente argumentaron que los indígenas eran diferentes étnicamente, por lo cual merecían derechos en cuanto a territorio, historia y cultura (46). Asimismo, según lo anterior, los afrocolombianos no tenían marcadores diferenciadores como lengua, costumbres y religión como los grupos indígenas (46). El tema de etnicidad para los afrocolombianos ha sido muy complejo en la historia del país, y ni los cambios de la Constitución de 1991 ni la Ley 70 han resuelto este tema ni los derechos que meritan las personas negras en Colombia.
 - 10 El Número 6 del Artículo 2 de la Ley 70 de 1993 constata “Ocupación Colectiva. Es el asentamiento histórico y ancestral de comunidades negras en tierras para su uso colectivo, que constituyen su hábitat, y sobre los cuales desarrollan en la actualidad sus prácticas tradicionales de producción” (Congreso de Colombia).
 - 11 En su libro, *Etnicidad y nación: el desafío de la diversidad en Colombia*, Luis Carlos Castillo detalla que “[e]n Colombia, desde la década de los setenta, intelectuales negros, influenciados por el movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos, por la lucha en contra de la segregación en Sudáfrica y por la experiencia traumática de lo que significó la esclavitud, se plantean el problema de la discriminación racial y la ‘invisibilidad’ de que había sido objeto el negro en la sociedad colombiana [...] Entre estos grupos se destacan el Centro para la Investigación de la Cultura Negra (CIDCUN) creado por Amir Smith-Córdoba que dirige también la publicación del periódico *Presencia Negra* [...]. También nace el Centro de Estudios ‘Franz Fanon’, dirigido por Sancy Mosquera, otro intelectual negro. Pero la organización que adquirirá más trascendencia y continuidad al convertirse en proyecto político es el ‘Centro de estudios Soweto’, que se transformará en movimiento ‘CIMARRÓN’ [...] que surge en el año 1976 [...] bajo el liderazgo del entonces alumno de sociología, Juan de Dios Mosquera” (179).

- 12 En el artículo “Tradición oral y memoria colectiva en el Pacífico colombiano: hacia la construcción de una política cultural negra,” Oslander muestra “cómo efectivamente se han dado procesos de reconstrucción (y politización) de la memoria colectiva entre las comunidades negras en el Pacífico colombiano en los últimos años que buscan ‘iluminar y transformar el presente’ [...] [y sugiere] que la tradición oral como herramienta en estos procesos revela además un ‘sentido de lugar acuático’ que refleja un conjunto de relaciones socioculturales que se han desarrollado en un medio ambiente acuático de selva tropical húmeda caracterizado por redes extensas de ríos, manglares y grandes variaciones de marea, y que es importante para entender las articulaciones políticas afrocolombianas que se han dado en los últimos diez años a la luz de la nueva constitución colombiana de 1991” (76).
- 13 Las descripciones de las jóvenes protagonistas en los relatos de Collazos evocan descripciones de mujeres negras de poetas de finales del siglo XIX y de principios del siglo XX como menciona Lawrence E. Prescott en “Negras, morenas, zambas y mulatas: presencia de la mujer afroamericana en la poesía colombiana” que exotizan y objetivan a la mujer negra y mulata resaltando de manera directa o mediante metáforas las nalgas, los senos, las caderas (179-195).
- 14 En referencia al documento Plan Pacífico de 1992 del Departamento Nacional de Planeación, Wade explica que “[u]n tema principal de debate ha sido el de la etnicidad: si o no la población negra es un grupo étnico, o una serie de grupos étnicos. El estado suele no hablar de la gente negra en términos de etnicidad. El ‘Plan Pacífico’, por ejemplo, no hace referencia al hecho de que la región está habitada por gente negra, excepto al referirse al AT 55. Las publicaciones del DANE tampoco hablan de la raza o la etnicidad cuando tratan de la región del Pacífico [Wade cita un informe del DANE de 1985]. En cambio, muchas personas negras que participan en las organizaciones negras insisten que la gente negra es un grupo étnico: sobre esta base se fundó la propuesta general de la Subcomisión sobre Igualdad y Carácter Multiétnico” (185).
- 15 bell hooks explica el término “politics of location” arguyendo que el lenguaje es un espacio en el cual se forman prácticas culturales contra-hegemónicas para identificar los lugares iniciales del proceso de “re-vision,” es decir el repaso y el desarrollo de visiones nuevas y alternativas (145).

Obras citadas

- Arocha Rodríguez, Jaime. “Los negros y la nueva constitución colombiana de 1993.” *América Negra* 3 (1992): 39-54.
- Asher, Kiran. *Black and Green: Afro-Colombians, Development, and Nature in the Pacific Lowlands*. Durham y Londres: Duke UP, 2009.
- Beverly, John. “Anatomía del testimonio.” *Revista de crítica literaria latinoamericana* 25 (1987): 7-16.
- Castillo, Luis Carlos. *Etnicidad y nación: el desafío de la diversidad en Colombia*. Cali: U del Valle, 2007.
- Collazos, Óscar. *Desplazados del futuro*. Bogotá: Intermedio, 2003.
- Congreso de Colombia. Constitución Política de Colombia 1991. http://www.procuraduria.gov.co/guiamp/media/file/Macroproceso%20Disciplinario/Constitucion_Politica_de_Colombia.htm
- . *Ley 70 de 1993*. <http://www.acnur.org/t3/fileadmin/scripts/doc.php?file=t3/fileadmin/Documentos/BDL/2006/4404>
- Friedemann, Nina S. de. “Negros en Colombia: identidad e invisibilidad.” *América Negra* 3 (1992). Bogotá
- Gómez Giraldo, Marisol. *Desterrados: las cicatrices de la guerra en Colombia*. Bogotá: Intermedio, 2001.
- Grueso, Libia, Carlos Rosero y Arturo Escobar. “El proceso organizativo de comunidades negras en Colombia.” *Ecología política* 14 (1997): 47-64.
- hooks, bell. *Yearning: Race, Gender, and Cultural Politics*. Boston: South End Press, 1990.
- Bilak, Alexandra et al. “Global Overview 2015: People Internally Displaced by Conflict and Violence.” Mayo 2015. Internal Displacement Monitoring Centre (IDMC) y Norwegian Refugee Council (NRC). <http://www.internal-displacement.org/publications/2015/global-overview-2015-people-internally-displaced-by-conflict-and-violence>
- Nasof, Hattam. “Experiencias de resistencia del pueblo afrocolombiano.” *Desplazamiento forzado: dinámicas de Guerra, exclusión y desarraigo*. Ed. Martha Nubia Bello. Bogotá: U Nacional de Colombia, 2004. 427-430.
- Molano, Alfredo. *Desterrados: crónicas del desarraigo*. Bogotá: El Ancora Editores, 2002.
- Oslander, Ulrich. “Violence in development: The Logic of Forced Displacement on Colombia’s Pacific Coast.” *Development in Practice* 6 (2007): 752- 764.

- . “Tradición oral y memoria colectiva en el Pacífico colombiano: hacia la construcción de una política cultural negra.” *Guaraguao* 20 (2005): 74-104.
- Prescott, Lawrence E. “Negras, morenas, zambias y mulatas: presencia de la mujer afroamericana en la poesía colombiana.” *Colombia: literatura y cultura del siglo XX*. Ed. Isabel Rodríguez Vergara. Washington D.C.: Organización de los Estados Americanos, 1995. 179-195.
- Quiceno Toro, Natalia. “Desplazamiento y pobreza en el barrio Nelson Mandela de Cartagena.” *Cuadernos sobre relaciones internacionales, regionalismo y desarrollo* 5.10 (2010): 141-169.
- Restrepo, Eduardo. “La construcción de la etnicidad: comunidades negras en Colombia.” *Modernidad, identidad y desarrollo: construcción de sociedad y re-creación cultural en contextos de modernización*. Ed. María Lucía Sotomayor. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, Ministerio de Cultura and Colciencias, 1998. 341-359.
- Rodríguez Garavito, César et al. *El desplazamiento afro: tierra, violencia y derechos de las comunicaciones negras en Colombia*. Bogotá: U de los Andes, 2009.
- Sierra, Álvaro. “El rostro anónimo de los desplazados.” *Desplazamiento forzado: dinámicas de Guerra, exclusión y desarraigo*. Ed. Martha Nubia Bello. Bogotá: U Nacional de Colombia, 2004. 417-420.
- UNHCR/ACNUR. “Tendencias de desplazamiento.” *Situación Colombia*. La Agencia de la ONU para los refugiados: Colombia. <http://www.acnur.org/t3/donde-trabaja/america/colombia/>
- Wade, Peter. “La política cultural de la negritud en Latinoamérica y el Caribe.” *Guaraguao* 20 (2005): 8-38.
- . “The Cultural Politics of Blackness in Colombia.” *American Ethnologist* 22.2 (1995): 341-357.
- . “El movimiento negro.” *América negra* 5 (1993): 173-191.
- Whitten, Norman E, Jr. y Arlene Torres. “General Introduction: To Forge the Future in the Fires of the Past.” *Blackness in Latin America and the Caribbean: Social Dynamics and Cultural Transformations*. Vol. 1. Ed. Norman E. Whitten, Jr. and Arlene Torres. Bloomington e Indianapolis: Indiana UP, 1998. 3-33.